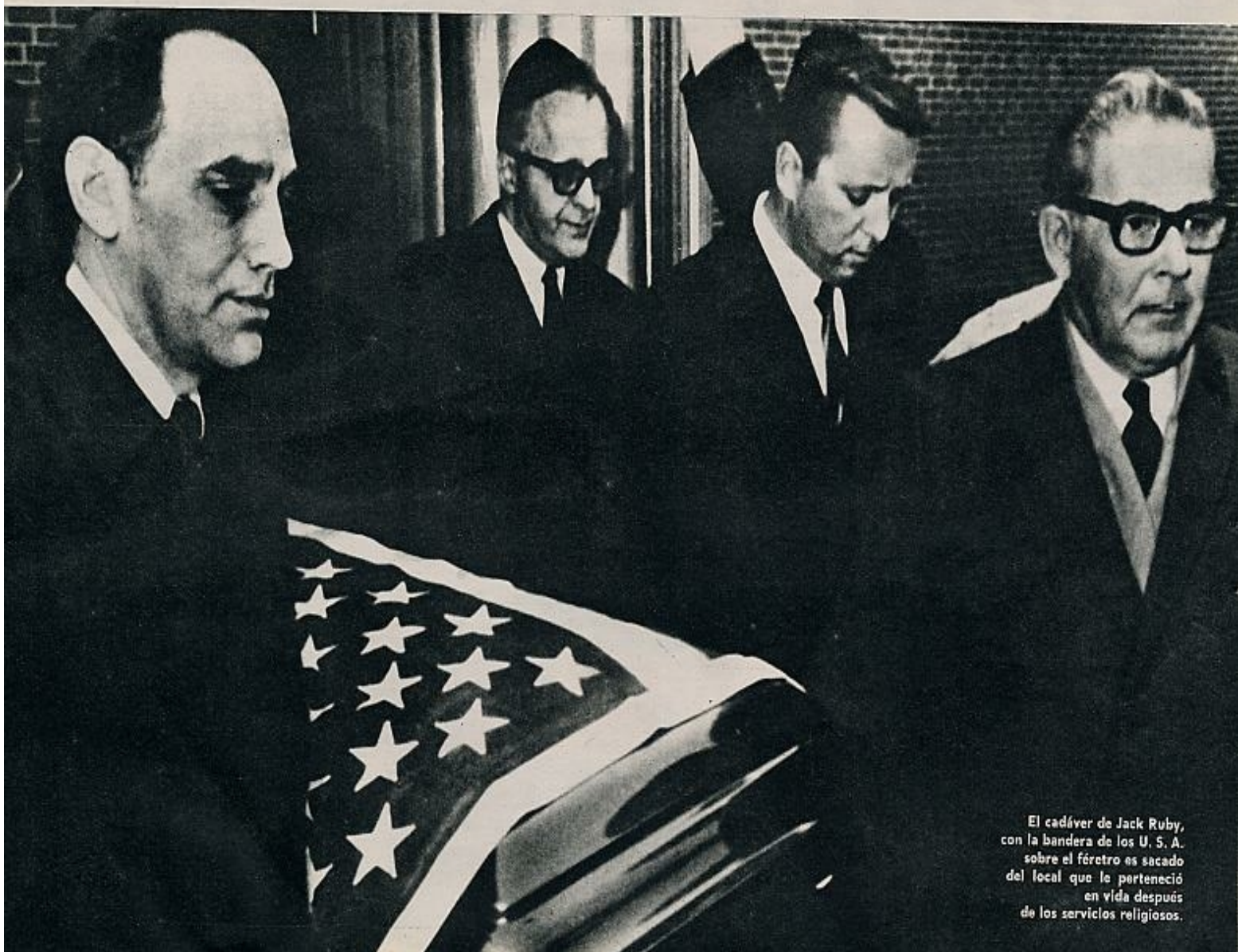


THOMAS BUCHANAN

UN CANCER OPORTUNO

El matemático y periodista norteamericano, nuestro colaborador Thomas Buchanan nos envía dos nuevos artículos sobre el último acontecimiento relacionado con el asesinato del presidente Kennedy: la desaparición de Jack Ruby, asesino de Lee Oswald. Interesado vivamente desde el primer momento por las turbias circunstancias del magnicidio de Dallas, Buchanan fue el primer comentarista en analizar el informe Warren y después ha seguido investigando sobre todos los aspectos que el desarrollo del famoso «affaire». Tras el juicio y la condena a muerte de Ruby, Buchanan escribió en esta misma revista: «... Pero Ruby no morirá en la silla eléctrica. No vivirá lo suficiente. Desaparecerá antes de su ejecución...». El vaticinio se ha cumplido y, a través de las indagaciones realizadas por nuestro colaborador, hay que decir que sin sorpresa. En el artículo que insertamos a continuación, Buchanan expone las razones que le llevaron a predecir la desaparición del asesino de Oswald antes de que la justicia pudiese ejecutarlo.



El cadáver de Jack Ruby, con la bandera de los U. S. A. sobre el féretro es sacado del local que le perteneció en vida después de los servicios religiosos.



Una vieja imagen del drama. Jack Ruby dispara contra el presunto asesino del Presidente Kennedy, Lee H. Oswald en la jefatura de policía de Dallas.

1 YO PREDIJE LA MUERTE DE RUBY

LA muerte del asesino de Lee Oswald —Jack Ruby— no significa, como esperan los defensores del informe Warren, el final de la investigación. Los cómplices de estos dos asesinatos son numerosos. Aún quedan más.

Pero es preciso decir que la tasa de mortalidad entre los principales testigos de este caso debe de inquietar a las compañías que han asegurado la vida de los antiguos camaradas de Ruby cuyo número, efectivamente, decrece.

No se trata de un acontecimiento inesperado. El 4 de abril de 1964 escribí en el artículo titulado «Ruby está en peligro»:

«El complot empieza a devorar a sus criaturas. La condena a muerte de Ruby, totalmente imprevisible según la mayoría de los comentaristas, no ha debido sorprender a nuestros lectores. Porque si Ruby, Oswald y sus cómplices formaban parte del mismo complot, era preciso que Ruby desapareciese, lo mismo que Oswald.

Pero Ruby no morirá en la silla eléctrica. No vivirá lo suficiente. Desaparecerá antes de su ejecución... Considero, pues, de la mayor urgencia que la Comisión Presidencial, dirigida por el presidente del Tribunal Supremo, Earl Warren, adquiera y ejerza el derecho de poner a Ruby bajo su protección durante la instrucción de su proceso de apelación. Dejarle en manos de un policía, uno o varios miembros de la cual desean reducirle al silencio, no sólo sería inhumano sino que hipotecaría aún más las posibilidades de una investigación cuyas puertas hubieran debido mantenerse abiertas a todo precio y a la cual la muerte de Oswald ha cerrado ya unas cuantas. Esperamos que este error no se repetirá.

El propio Ruby manifestó, cuando le visitó en la cárcel la Comisión Presidencial, poco después de su condena, una angustia mortal ante la posibilidad de quedar en manos de la policía de Dallas, la misma policía con la que antes había

mantenido relaciones tan íntimas. Al parecer, no era la silla eléctrica el peligro que ahora consideraba más inminente. Temía un complot contra su vida, un complot —según dijo— dirigido por «hombres muy poderosos en la ciudad de Dallas». No sabía cómo iba a suceder esto, pero estaba persuadido que sus días estarían contados si se le obligaba a permanecer en la prisión de esa ciudad.

Ruby manifestó estas aprensiones directamente al hombre a quien consideraba todopoderoso, al que, efectivamente, detentaba el poder de decidir su traslado a otra prisión. «No tengo nada que ocultar», insistía Ruby a Earl Warren. «Le diré toda la verdad, todo lo que sé, pero a condición de que esta conversación sea privada, ya que yo no me atrevo a decir nada ante los otros». (Se refería a los miembros de la policía que habían acompañado a los miembros de la Comisión.)

Warren no concedió a Ruby la sesión privada que había reclamado el prisionero. **SIGUE**

YO PREDIJE LA MUERTE DE RUBY

Las consecuencias de esto eran que Ruby estaba expuesto a las mismas presiones que había intentado evitar. Warren le pidió que concretara lo que temía. Ruby fue angustiándose cada vez más, perdiendo el control y casi la lógica de lo que decía. Sus reacciones eran las de un hombre que se daba cuenta de que se trataba de la última posibilidad de una intervención que le parecía vital; sin embargo, no había ninguna comunicación entre él y Warren. Finalmente, amargado por el aire escéptico que mostraba Warren cada vez que le hablaba de un complot, Ruby le espetó: «¿Pero es que no se da usted cuenta, señor? También usted está en peligro en Dallas. A usted le odian aquí tanto como al presidente Kennedy».

Tres veces pidió Ruby ser trasladado a otra prisión; tres veces lo rechazó Warren explicando que no estaba autorizado a intervenir en un caso semejante.

Respuesta de abogado: Porque si Earl Warren, presidente del Tribunal Supremo, no tenía efectivamente el derecho de cambiar el destino de un prisionero del estado de Texas, es preciso decir que el otro Earl Warren, el encargado por Lyndon Johnson de esclarecer el asesinato de Kennedy, disponía de amplias facultades que habría podido ejercer en caso de interés nacional. Sin embargo, no quiso servirse de ellas, y conscientemente.

Si Warren hubiese concedido a Jack Ruby el traslado que éste le había solicitado, se habría visto obligado a reconocer, por este hecho, que los temores de un complot contra la vida de Ruby no eran totalmente imaginarios. Y no solamente contra Ruby sino también contra Lee Oswald y contra Kennedy.

La reacción de Warren ante el terror de Ruby frente al destino desconocido que le esperaba en la prisión de Dallas, era la solución cómoda. Porque no se atrevía a admitir que Ruby hubiera podido temer un peligro auténtico, se veía obligado a creer que el asesino de Oswald —contrariamente a la decisión de los jurados, en el proceso que acababa de terminar— estaba loco y que su «complot» era simplemente la ilusión de un demente. El «congressman» Gerald Ford, miembro de la Comisión, no compartía este parecer. Al salir de esta misma reunión con Ruby, Ford declaró a una periodista del «Washington Post» que había encontrado a Ruby «en su sano juicio».

Sin embargo, antes de mirar su reloj y declarar tranquilamente a sus compañeros que era la hora de la comida, Warren hizo un último gesto cuyo significado era ciertamente tranquilizar al prisionero. Ruby había insistido mucho en que estaba dispuesto a declarar todo a quienes mantenían la investigación y que aceptaba, como prueba de su buena fe, someterse al detector de mentiras. Antes de marchar, Warren prometió que le concedería este examen. La promesa se cumplió y Jack Ruby pudo ser interrogado por un miembro de la policía, que utilizó una máquina moderna. Warren no asistió. El policía preguntó a Ruby si había sido en alguna ocasión miembro del partido comunista. Respondió que no. El policía le preguntó si había estado complicado en un complot contra Kennedy. La respuesta fue que no. El interrogatorio fue transcrito cuidadosamente y forma parte del informe Warren, que indica que el análisis de la máquina a las respuestas de Ruby no era muy concluyente, habida cuenta del estado de nerviosismo en que se encontraba el prisionero cuando el miembro de la policía le formuló las preguntas. Solamente unos días antes de la muerte de Ruby, un osado periodista planteó a Ruby preguntas del mismo tipo; grabó

esta entrevista que una casa de discos va a vender ahora.

¿Estaban justificados los temores de Ruby? Es difícil pensar que un prisionero pueda prever que en dos años y-medio va a adquirir el cáncer y que éste, por otra parte, va a progresar tan rápidamente hacia su fase final. Todo permite suponer, no obstante, que la tasa de mortalidad entre los conocidos de Jack Ruby era ya tan alta que podía temer lo peor.

He hablado de esto ya en un artículo publicado hace tres meses. El número de muertos ascendía a catorce, por aquella época, y entre los cuales se encontraban tres periodistas:

— Dorothy Kilgallen, la más conocida entre las mujeres que se dedican al periodismo en América. La señorita Kilgallen había seguido muy de cerca el papel de Ruby en el asesinato y había publicado en exclusiva los detalles de la entrevista entre Warren y Ruby en la prisión de Dallas. Murió un año después, o bien por haber tomado demasiados somníferos o por demasiado alcohol. Las autoridades que han llevado la investigación no parecen estar seguras.

— Jim Koethe, uno de los dos únicos periodistas que pudieron entrar a la habitación de Ruby y hablar con su mejor amigo, George Senator, que compartía este apartamento inmediatamente después del asesinato de Oswald. Ocababa de comenzar un libro sobre sus experiencias durante este período. Un día que se encontraba solo en su propia casa fue atacado y estrangulado por un desconocido. Su dossier sobre el asesinato de Kennedy fue robado, así como algunos trajes. La policía de Dallas detuvo a un hombre que había vendido los trajes de Koethe, pero en vez de acusarse de asesinato se le condenó simplemente por robo.

— Bill Hunter, el otro periodista que acompañó

a Koethe. Resultó víctima en un «accidente» mortal que se produjo en una comisaría, en California. Le mató un policía que, después de haber declarado que había dejado caer su pistola y que una bala que se disparó por sí misma alcanzó a Hunter, era incapaz de explicar cómo, en estas condiciones, la bala había podido descender por el cuerpo en vez de subir. Dio también otra explicación: dijo que estaba jugando al Far-West con otro agente de la policía y que disparó una vez por accidente. Mal podría explicar cómo si era a su camarada al que apunta, entró la bala en el corazón de otro. Pero como no se le formularon preguntas demasiado indiscretas, el policía salió libre.

Este accidente se produjo, entiéndase bien, lejos de Dallas, así como el de otro testigo, Henry Killam, el cual hubiera sido capaz quizá de establecer una relación entre Jack Ruby, el patrono de su esposa y John Carter, el amigo íntimo de la señora Killam, que conocía igualmente a Lee Oswald y que residía en la misma pensión que el hombre asesinado por Ruby. La policía le interrogó incesantemente sobre ello, después del asesinato, hasta tal punto que ningún patrón se atrevía a emplearla y tuvo que abandonar Dallas. Tres días después de la condena de Jack Ruby, se encontró a Killam degollado en la calle de una ciudad de Florida. La policía anunció que seguramente cayó contra la vitrina de una tienda cuando iba andando.

Accidentes semejantes suceden en Dallas, incluso en el interior de la misma prisión en donde la policía protegía a Lee Oswald el 24 de noviembre de 1963, y donde, a partir de esta fecha iban a seguir protegiendo a Jack Ruby. Se trata de los mismos policías que custodiaban a Nancy Jane Mooney, una vecina de Ruby, en el pabellón de la prisión reservado a mujeres.



Ruby, según el informe Warren, no conocía a Oswald. Sin embargo, esta foto está tomada en la sala de juntas del cuartel de la policía de Dallas alrededor de la medianoche del día en que fue asesinado Kennedy.



La primera sesión de la Comisión Warren, de izquierda a derecha: Allen Dulles, antiguo jefe de la Central Intelligence Agency; representante Hale Boggs; senador John Sherman Cooper; presidente del Tribunal Supremo Earl Warren; senador Richard Russell; John McCloy, ex alto comisario en Alemania y representante Gerald Ford.

La señorita Mooney solía ver a un muchacho, llamado Darrell Wayne Garner, quien confesó a su propia cuñada que había intentado matar a Warren Reynolds, el más importante testigo del asesinato de Tippit, el policía que intentó detener a Oswald. Ahora bien, este Reynolds acaba precisamente de testimoniar ante la policía que el hombre que había matado a Tippit no se parecía a Oswald. Dos días después de que la noticia de este testimonio indiscreto fuera divulgada, el infortunado testigo era víctima de un atentado que estuvo a punto de costarle la vida. La policía detuvo a Garner. Sin embargo, consiguió convencerles de su inocencia gracias a la intervención de la señorita Mooney, que recordaba la circunstancia de que en el instante mismo del atentado contra Reynolds, Garner había estado con ella.

Ocho días después se encontraba la misma chica en su apartamento, a punto de reñir con una amiga cuando un policía golpeó la puerta. «Hacia demasiado ruido», dijo el policía. La detuvo por esta infracción de la ley de Dallas y la obligó a pasar la noche en prisión. La chica no sobrevivió a esta condena: dos horas después de su llegada, sus protectores la encontraron ahorcada en su celda. El testimonio de la señorita Mooney sobre la inocencia de Garner sigue en pie. Pero por el contrario, el testimonio de la víctima del atentado —Warren Reynolds— ha sido modificado totalmente desde que pudo abandonar el hospital donde había sido curado de un balazo en la cabeza. Reynolds dijo que ya no había la menor duda: el hombre que él había visto matar a Tippit era ciertamente Lee Oswald.

La Comisión Warren dejó a Jack Ruby en la prisión en que Nancy Jane Mooney encontró la muerte. Se habló mucho en los meses que siguieron sobre su «locura», su miedo a un peligro

desconocido que, según él, le rondaba. Se comprobaba que los abogados que habían reclamado su muerte y los encargados de llevar su defensa estaban de acuerdo en la cuestión primordial: si Ruby había querido confesar su papel en un complot contra Lee Oswald o contra Kennedy, había que decir de él que estaba loco. El propio Ruby se oponía a las prácticas de sus abogados, a los que cambiaba constantemente suplicándoles a cada uno de ellos que adoptara como defensa el que su acto había sido un gesto patriótico, defensa, por otra parte, que habría sido ciertamente más eficaz en el ambiente de Dallas que su pretendida locura «epiléptica».

Sus vigilantes anunciaban, al principio, que Ruby estaba tan deprimido que había la posibilidad de que pusiera fin a sus días. Efectivamente, se esperaba la noticia de su suicidio. La gente se preguntaba de qué tipo sería el suicidio. Más tarde, los policías de la prisión de Dallas solicitaron el derecho de darle tranquilizantes para que no pensara ya en sus penas. Las drogas que deseaban administrarle eran tan fuertes que fue preciso pedir una autorización judicial para poder utilizarlas. Un juez de Dallas les concedió este derecho. Después, ya no se volvieron a oír más complots imaginarios contra Jack Ruby.

Si hubiera sobrevivido a los diversos cuidados de que era objeto, Ruby habría conseguido su segundo proceso, probablemente en el mes de febrero, en una ciudad tejana llamada Wichita Falls. El Estado se hubiera visto quizá obligado, esta vez, a llamar a diez testigos que habrían podido declarar que Jack Ruby y Lee Oswald se conocían antes de la muerte de Kennedy. A estos testigos no les llamó el procurador Henry Wade durante el primer proceso, y explicó a la prensa que su testimonio no era indispensable, ya que no se les necesitaba para demostrar que

el asesinato de Oswald había sido premeditado y malicioso, pruebas necesarias para una condena a muerte. Mientras, se apoyaba en el testimonio de un sargento de policía llamado Pat Dean, amigo íntimo de Ruby, quien declaró a pesar de ello al jurado que Ruby había dicho después de su crimen: «Estaba obligado a hacerlo. No era posible que vosotros os ocuparais de esto. Espero que muera ese cretino».

El 5 de octubre de 1966, un tribunal superior alteró el juicio del proceso original precisamente a causa del testimonio de Dean. Según la ley de Texas, no se tiene derecho a citar las declaraciones de un acusado si han sido hechas «espontáneamente» después del crimen, y no en el curso de interrogatorios posteriores a su detención. Por tanto, como el procurador había declarado que tenía la intención de pedir la pena de muerte nuevamente, no podía evitar esta vez exigir una investigación de mayor profundidad acerca de las verdaderas razones por las que Ruby había matado a Oswald. No es necesario insistir en que en la respuesta a este problema reside la clave del misterio de Dallas. Una vez abierta esta puerta apenas cabe prever sus consecuencias.

Ruby ha muerto. La puerta está cerrada, pero bastaría con el deseo de abrirla para que la clave no se perdiera. Los testigos que podían haber sido llamados durante el proceso de Ruby siguen, de momento, con vida y pueden testimoniar fácilmente ante una comisión de investigación: la nueva comisión que reclaman el «New York Times», «Life» y un número creciente de americanos.

El papel de Ruby en este crimen múltiple era, quizá, muy distinto a lo que la mayor parte de la gente piensa. Esto es lo que discutiremos en el próximo número.

THOMAS BUCHANAN
(Foto ARCHIVO).